

historia reciente de España con trazos singulares y un abundante anecdotario. Se le aplicaba, el «Genio y figura hasta la sepultura». Y con razón, pues fue sepultado con desfile y honores de Capitán General con Mando en Plaza (Sevilla). Y esto a pesar de que la Santa Sede, después de una larguísima historia de agravios y protestas por su rigorismo, lo había retirado de la diócesis algunos meses antes. Con menos contemplaciones, la República lo expulsó de Toledo en 1931. Allí lo había puesto en 1928 Alfonso XIII (todavía con derecho de Patronato), que lo admiraba desde que lo acompañó a Las Hurdes (1922). Fue el primer obispo que salió de la Universidad de Comillas (auxiliar de Valladolid en 1916); obispo de Coria-Cáceres (1920), arzobispo de Burgos (1927); y, al ser preconizado para Toledo (1928), el cardenal más joven del Colegio cardenalicio (47 años). Después del exilio romano (1931), Sevilla (1937-1955).

La historia pasó a su lado. Y él intervino cuanto pudo con grave, aunque no siempre medida, conciencia de su dignidad episcopal y deberes pastorales. Exigente consigo mismo, severo con los demás, entrañable en familia; constructor de monumentos, fundador de instituciones piadosas, incansable organizador de triduos, procesiones, asambleas y veladas literarias y musicales. Con lo que conseguía tener a todo el mundo en danza. Con algún toque místico, con una mentalidad tradicionalista sobre el lugar de la Iglesia en la sociedad; con una corte de admiradores incondicionales. Y un punto excesivo y personal en todo, lo que se agudizó con la edad.

Esta voluminosa biografía tiene el mérito de ser la primera y se ha construido investigando en los archivos de Cabildos y diócesis, en los boletines dio-

cesanos y prensa local, y en el archivo personal de Cardenal (que legó expurgado a la Cartuja de Jerez). En su conjunto está lograda y se lee bien, aunque quizá le sobran páginas de cabildeos y reitera apreciaciones donde bastaría dejar hablar a los hechos. Se podría enriquecer con un estudio de lo personal de su correspondencia o un análisis general de su doctrina, y recopilar más testimonios de contemporáneos de las muchas memorias que se han publicado. Además, los documentos publicados por Luis Suárez y los amplísimos estudios de Gonzalo Redondo completarían, desde otros ángulos, la información sobre los conflictos que provocó el genio y la figura del cardenal. En todo caso, esta biografía constituye una aportación consistente y útil.

Juan Luis Lorda

**Ramón HERRANDO PRAT DE LA RIBA**, *Los años del seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de San Francisco de Paula*, Rialp («Colección de Monografías del Instituto Histórico Josemaría Escrivá 1»), Madrid 2002, 451 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3402-3.

El primer libro de la «Colección de Monografías del Instituto Histórico Josemaría Escrivá» comienza con una presentación de Mons. Javier Echevarría. El Prelado del Opus Dei ha destacado el esfuerzo realizado en esta investigación histórica, que ha empleado abundantes fuentes documentales. El resultado final es la historia de cinco años de la vida de Josemaría Escrivá, que tienen su origen en una tesis doctoral.

La primera parte del libro trata de la vocación de Josemaría Escrivá, centrándose en la llamada al sacerdocio. A continuación, el autor se ha detenido en la

historia del Seminario de San Francisco de Paula y la formación que se impartía. La tercera parte, la más extensa, se centra en el lustro que pasó Josemaría Escrivá en el Seminario de Zaragoza. En primer lugar, ha analizado la etapa de alumno (1920-1922) y después los años en que fue superior del seminario (1922-1925). En esta última etapa el autor ha profundizado en los estudios del joven seminarista y en sucesos familiares como la muerte de su padre y el traslado de su madre y hermanos a Zaragoza.

Esta monografía contiene un elenco pormenorizado de las fuentes consultadas (manuscritas e impresas) y de la bibliografía. Desde nuestro punto de vista, una aportación no despreciable de este trabajo es el apéndice documental, que recoge testimonios, reglamentos, actas, impresos y otros documentos que constituyen referencia necesaria para el historiador o biógrafo. Se ha incluido un índice de nombres y un índice general, elaborados con cuidado y precisión, que serán muy útiles para la consulta de la información reunida en este trabajo.

Onésimo Díaz Hernández

**Elisa LUQUE**, *La Evangelización en América y sus retos. Respuestas de los protagonistas*, Ediciones Promesa, San José de Costa Rica 2002, 113 pp., 13 x 20, ISBN 9968-41-023-3.

Mientras la *primera* gran empresa evangelizadora difundió el cristianismo en el mundo judío y grecorromano y la *segunda* consiguió la incorporación a la Iglesia de los germanos y pueblos del Este de Europa, la *tercera* se desarrolló en el inmenso continente americano. De esta tercera etapa de la misión trata el presente libro en cuatro sugestivos

capítulos, que se titulan: 1. El primer ciclo evangelizador hispano y lusoamericano; 2. La evangelización en dos Cronistas americanos (el franciscano Diego de Landa y el dominico Antonio de Remesal); 3. Paternidad de Dios en el catecismo de Pedro de Feria (el tercer obispo de Chiapas); 4. La guerra de los chichimecas en el III Concilio Mexicano (1585).

La autora es Profesora de Historia de la Iglesia en la Universidad de Navarra y miembro de la Asociación Internacional de Historiadores Latino-Americanos (AHILA) y de la Asociación Española de Americanistas. En su reciente trabajo se plantea el porqué de la evangelización, analiza los elementos del contexto socio-cultural y religioso que impulsaron la cristianización del Nuevo Mundo, relata el descubrimiento de la cultura maya con sus valores propios, expone cómo se ha llevado a cabo la transmisión de la radical novedad cristiana a unos hombres dotados de una cosmovisión muy diversa y afronta al final, con sinceridad, la ética de la conquista. Así acerca al lector, desde ángulos diversos, «a la empresa que, con luces y sombras, hizo posible la cristianización de un continente». El contenido de este interesante estudio se sitúa en un marco histórico bien determinado.

El año de 1493, en la segunda expedición de Cristóbal Colón, llegaron a América los primeros religiosos que venían a evangelizar. A partir de esa fecha y hasta mediados del siglo XVII, la Iglesia se implantó en las islas y costas del Caribe y en la «América nuclear», del Norte, Centro y Sur, esto es, la de las altas culturas americanas. Desde esos núcleos salieron misioneros para trabajar en tierras de frontera, creando una vasta red de enclaves evangelizadores.